

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta Revista se publica
los días 15 de cada mes.
Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian-75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripcion por trimetr

DON FERNANDO COLON.

Entre los españoles que en el siglo XVI se distinguieron por su afición á la literatura, ocupa un lugar preferente Don Fernando Colon. Nació en Córdoba el 15 de Agosto de 1,488. Era hijo natural de Cristóbal Colon, descubridor de América, y de D^a Beatriz Enriquez, señora de esclarecido linaje.

La reina D^a Isabel, queriendo dar una nueva prueba de aprecio al célebre navegante, llevó consigo al hijo, siendo aún muy niño, en calidad de paje del príncipe Don Juan, y á la muerte de éste, acaecida en Salamanca el 7 de Octubre de 1,497, quedó con el mismo cargo al lado de la reina. A esta señora debió gran parte de los conocimientos que con tanto esmero cultivó durante su vida. No había entrado en la juventud, cuando su padre, deseando dedicarle á la carrera que había inmortalizado su nombre, se lo llevó en los viajes últimos que hizo. En estas expediciones tan peligrosas, aprendió de aquel célebre marino, la geografía, la astronomía y la náutica. Rápidos progresos hizo en estas ciencias, como lo acreditan sus obras y particularmente los informes que extendió acerca de algunos puntos geográficos que estaban en cuestion. No siguió sin embargo la carrera á que lo inclinaba su padre; el amor que tenía al estudio no se avenía con la vida inquieta del marino. No faltará alguno que lo atribuya á vocacion por el estado eclesiástico, al leer en la biblioteca de Nicolás Antonio, que fué sacerdote. El padre Villanueva en los apuntes que dejó escritos de su viaje á la Iglesia de Sevilla, dice que fué racionero de ella. Ninguno de estos dos escritores da otras pruebas que sus dichos. Contra estas aserciones hay un argumento negativo, que es el silencio de Fernando Colon: nada dice en su testamento otorgado en Sevilla á 12 de Julio de 1,539, y es de creer que si hubiese ejercido aquel ministerio, lo hubiera expresado en el enunciado documento. La inscripcion de su sepulcro tambien omite es-

ta circunstancia. Mientras no haya otros datos, no puede afirmarse con seguridad. Lo que está, en nuestra opinion, fuera de duda, es que permaneció célibe toda su vida.

Apenas tenía 22 años cuando regresó á la península, siendo inmediatamente empleado por el Rey Católico en comisiones de importancia.

Después de la célebre batalla de Rávena, le mandó á Roma el rey Fernando con un mensaje al Papa Julio 2.^o; la nave en que iba fué presa y quemada por los turcos.

Las obras que dejó inéditas y los autores clásicos de su uso particular, que aún se conservan en su librería, con notas é ilustraciones escritas al márgen de sumano, acreditan que el estudio de las humanidades y bellas letras le ocupaban sin cesar en sus primeros años. Este mismo estudio debió excitarle á escribir un diccionario latino del cual se conserva en la actualidad una parte con una nota puesta por él mismo.

Cuando el rey Carlos pasó en 1,519 á Alemania á recibir la corona del imperio, marchó en su comitiva. En los viajes que hizo con el Emperador por Italia, Flandes y Alemania, hizo compras considerables de cuantos libros selectos se habian publicado y á la sazón se publicaban en aquellos países, para aumentar su ya copiosa biblioteca.

En las cuestiones con Portugal sobre la pertenencia de las islas Molucas, fué nombrado con otros, entre ellos el célebre Capitan Sebastian del Cano, para arreglar estas diferencias con los comisionados portugueses; y el voto que presentaron los españoles escrito y redactado por el mismo Fernando Colon, así como los informes que evacuó con este motivo, son documentos que prueban sus conocimientos astronómicos y geográficos y su vasta erudicion.

Carlos V recompensó su celo, sus servicios, y su mérito literario, haciéndole merced de 500 pesos de oro anuales sobre la isla Fernandina. [*] Esta pension, como casi todo el pro-

[*] Cuba.

ducto de las rentas que le dejó su padre, lo invertía en el arreglo de su librería y en la compra de libros impresos y manuscritos, con el pensamiento de formar la mejor biblioteca de Europa, para facilitar á sus compatriotas los medios de ilustrarse. Si este magnífico pensamiento hubiese sido secundado por los que al morir él recibieron este encargo, hubiera producido la única biblioteca completa entonces, y en la sucesión de los tiempos hubiera conservado su lugar entre las mejores del mundo.

El memorial que extractamos á continuación y que dirigió en el mismo año que murió el Emperador, manifiesta sus grandes ideas.

Pide al rey, que haya cierto lugar donde se recojan todos los libros de todas las lenguas y facultades que se puedan hallar dentro y fuera de la cristiandad, dando orden para que se busquen y alleguen los que de nuevo fueren viendo la luz; así como también expresa en dicho memorial la manera en que deben hacerse los índices, y que deben formarse libros en que esté comprendida por autores, materias y obras, la dicha biblioteca, para mayor utilidad y ahorro de tiempo de los eruditos que la consulten; con otras disposiciones que prueban su discreción y celo en el asunto. Concluye, que no desea que de sus servicios y de cuanto su padre le dejó quede otra memoria ni mayorazgo, por lo que lega para el objeto la merced de 500 pesos de oro, pidiendo al rey que la perpetúe en aquella aplicación.

Esta súplica que hacía en pro de las letras, no tuvo sin duda resultado favorable. Acaso su muerte, acaecida á poco tiempo, sería la causa, puesto que no cuenta en su testamento para el sosten y aumento de su librería [*] con la pensión de los 500 pesos de oro que disfrutaba.

Los trabajos bibliográficos á que se dedicó tantos años, no solo encierran noticias de las ediciones y mérito de los libros; sino que muchas veces pone una reseña de la vida de los autores. Hay documentos importantísimos para la historia de nuestra bibliografía. Escribió también noticias de sus viajes por el extranjero, en su totalidad bibliográficas, refiere los libros que compraba, su precio y la correspondencia de la moneda del país con la de Castilla.

Se ve pues que el hijo del gran navegante heredaba en cierto modo de su padre el amor al bien y la sed de digna inmortalidad.

EL FENIX Y LA PALOMA.

Traducido de Shakespeare.

Que el ave de canto sublime que habita

[*] La biblioteca Colombina de Sevilla, como se llama hoy.

el árbol único de la Arabia sea el heraldo grave y estrepitoso á cuya voz obedezcan las castas aves.

Pero tú, ronco mensajero, sombrío precursor del demonio, profeta de la agonía febril, no te mezcles á este enjambre.

Que sean excluidas de semejante solemnidad todas las aves de garra matadora, á excepción del águila, reina de los aires: tal es la regla que rige en estas exéquias.

El Cisne presentando la muerte y solemnizando el *requiem*, hará las veces del clérigo que con blanca sobrepelliz canta la música fúnebre; y tú, cuervo tres veces centenario, que ennegreces tu nidada con el soplo que le comunicas, serás quien presida el duelo.

Comienza aquí el *anthema*: "El amor y la constancia han muerto; el fénix y la tórtola han huido de aquí abrasados en mútua llama. Amábanse hasta tal punto, que su amor compartido no formaba mas que un solo amor. Dos seres distintos sin division alguna. El número se anulaba ante su amor—Corazones separados, pero no desunidos! Se veía la distancia y no el espacio entre la tórtola y su rey. ¡Qué prodigio!—El amor irradiaba entre ellos de tal suerte, que la tortolilla veía flamear su ser en la mirada del fénix. Cada uno era el yo del otro.

La lógica quedaba pavorosamente absorta ante la identidad que no era la paridad. Con su naturaleza, única bajo doble nombre, no constituían ni uno ni dos.

La razon, confundida ante sí misma, veía la union en su division; pues absorbidos el uno en el otro, distintos el uno del otro, estos seres se habían asimilado tan completamente, que aquella se preguntaba, como su *duo* formaba un *solo* tan armonioso. El amor no tiene razon de ser, nó, si lo que está separado puede mezclarse así!

La amistad ha compuesto este coro fúnebre en honor del fénix y la paloma, astros supremos del cielo del amor, haciendo oficio del coro en su tragedia.

Canto fúnebre.

La belleza, la lealtad, la perfeccion, la gracia en toda su sencillez, yacen aquí reducidas á cenizas. La muerte es ahora el nido del fénix; y el seno leal de la paloma reposa en la eternidad—No han dejado prole, y no por infecundos sino porque su union era el consorcio de la castidad—En adelante, la lealtad puede aparecer como viva; pero no vive: la belleza vanagloriarse de existir; pero no existe; porque la lealtad y la belleza están sepultadas aquí.

Inclináos ante esta urna, los que os teneis por leales ó bellos, y murmurad una plegaria por estas aves muertas.

TRADUCCION DE VÍCTOR HUGO,

por García Gutiérrez.

Ya brilla la aurora, fantástica, incierta,
Velada en su manto de rico tisú.
¿Porqué, niña hermosa, no se abre tu puerta?
¿Porqué, cuando el alba las flores despierta,
durmiendo estás tú?

Llamando á tu puerta, diciendo está el día,
"Yo soy la esperanza que ahuyenta el dolor!"
El ave te dice, "yo soy la armonía!"
Y yo, suspirando, te digo, alma mía,
"Yo soy el amor!"

CUENTO DE EDGARDO POE.

DOBLE ASESINATO.

(Continuacion.)

Este modo nos conducirá á una conclusion positiva. Examinemos, pues, uno á uno los medios posibles de evasion.

Es claro que los asesinos se hallaban en el cuarto donde ha sido encontrada la señorita Espanaye, ó á lo menos en el aposento inmediato, cuando los vecinos subieron la escalera. Unicamente, pues, en estos dos aposentos hemos de buscar las salidas. La policía ha levantado los ladrillos, ha abierto los techos y sondea el grueso de las paredes; ninguna salida secreta ha podido escapar á su perspicacia, pero yo no me he fiado de sus ojos; he examinado con los míos, y no hay realmente salida secreta alguna: Las dos puertas que conducen desde los cuartos al corredor estaban sólidamente cerradas y con las llaves puestas de la parte interior. Veamos las chimeneas. Estas son de una regular anchura hasta una distancia de ocho ó diez piés sobre el hogar, y desde esta altura no ofrece paso á un gato de proporciones ordinarias.

La imposibilidad de la fuga, á lo menos por las vías arriba indicadas, queda absolutamente establecida y en consecuencia estamos reducidos á las ventanas. Nadie ha podido huir por las del cuarto de delante, sin ser visto por los vecinos que se hallaban en la calle. Ha sido, pues, preciso que los asesinos se escaparan por las del cuarto de detrás.

Ahora, habiendo llegado á esta conclusion por-deducciones tan irrefragables, no tenemos derecho, como hombres que saben discurrir, á rechazarla en razon de su aparente imposibilidad. Solo nos falta demostrar que esta imposibilidad aparente no existe en realidad.

El cuarto tiene dos ventanas; una de ellas no está obstruida por los muebles y ha quedado enteramente visible. La parte inferior de la otra está oculta por la cabecera de la cama que es muy maciza. Se ha observado que la

primera estaba sólidamente sujeta por dentro, y ha resistido á los esfuerzos de los que trataron de levantarla. Se había abierto en el marco, á la izquierda, un gran agujero con una barrena, y se encontró un grueso clavo hundido casi hasta la cabeza. Examinando la otra ventana, se ha encontrado hundido otro clavo semejante, y un vigoroso esfuerzo para levantar el marco no ha obtenido mejor resultado que en el otro lado. La policía quedó desde entónces convencida de que la evasion no se había podido verificar por aquel camino, y consideró como supérfluo el retirar los clavos y abrir las ventanas.

Mi exámen fué un poco mas minucioso por la razon que os he dado hace un momento. Había llegado el caso de demostrar, de toda necesidad, que la imposibilidad no era mas que aparente.

Proseguí reflexionando así á posteriori. Los asesinos se habian evadido por una de las ventanas. Siendo así, no podian sujetar de nuevo el marco por la parte interior, como ha sido encontrado; consideracion que por su evidencia ha puesto término á las pesquisas de la policía acerca de este punto. Sin embargo los marcos estaban bien cerrados. Es preciso pues, que puedan cerrarse por sí mismos. No había medio de escapar á esta conclusion. Me dirigí á la ventana no atrancada por los muebles, retiré el clavo con alguna dificultad y traté de levantar el marco; pero como me esperaba, resistió á todos mis esfuerzos. Entónces me convencí de que había un resorte oculto; y este hecho, corroborando mi idea, me persuadió de la exactitud de mis premisas, por mas misteriosas que me parecian las circunstancias relativas á los clavos. Un minucioso exámen no tardó en descubrirme el resorte secreto. Le hice jugar, y satisfecho de mi descubrimiento, me abstuve de levantar el marco.

Volví á colocar el clavo en su sitio y lo examiné atentamente. Una persona pasando por la ventana podía haberla vuelto á cerrar y el resorte habría hecho su oficio; pero el clavo no hubiera sido colocado de nuevo. Esta conclusion era sencilla por demás y limitaba el campo á mis investigaciones. Era preciso que los asesinos se hubiesen escapado por la otra ventana. Suponiendo, pues, que los resortes de ambas ventanas fuesen iguales, como era probable, era preciso, sin embargo, hallar una diferencia en los clavos, ó á lo menos en la manera como habian sido clavados. Subí al fondo de correas de la cama, y examiné minuciosamente la otra ventana por encima de la cabecera de aquella. Pasé la mano por detrás, descubrí fácilmente el resorte y le hice jugar; era como lo había ya adivinado, igual al primero. Entónces examiné el clavo; era tan grueso como el otro y estaba clavado del mismo modo

que aquél, hundido hasta la cabeza.

Direis que me hallaba confuso; pero si abrigais este pensamiento, estais equivocado acerca de la naturaleza de mis inducciones. Para servirme de un término de juego, diré que no había cometido ningún yerro; no había perdido la pista un solo instante, no faltaba ningún eslabon en mi cadena. Había seguido el secreto hasta en su última fase, hasta el *clavo*.

Como he dicho, se parecía bajo todos aspectos á su vecino de la otra ventana; pero este hecho, por concluyente que fuese en apariencia, quedaba absolutamente nulo en presencia de esta consideracion dominante; esto es, que allí, en aquel clavo, acababa el hilo conductor. Es preciso, me dije, que tenga este clavo algo de defectuoso. Lo toqué, y la cabeza con un pequeño pedazo del cuerpo, cosa de un cuarto de pulgada, me quedó en los dedos. El resto del cuerpo estaba en el agujero dentro del cual se había roto. Esta fractura era muy antigua, pues los bordes estaban incrustados de hollin, y había sido producida por un martillazo que había hundido en parte la cabeza del clavo en el fondo del marco. Voví á unir la cabeza con el pedazo que la continuaba, y el todo presentó un clavo intacto, el punto de union inapreciable. Moví el resorte, levanté poco á poco la ventana algunas pulgadas; la cabeza del clavo vino con la ventana sin moverse del agujero. Cerré otra vez, y el clavo presentó el aspecto de un clavo completo.

El enigma quedaba, pues, descifrado; el asesino había huido por la ventana que tocaba con la cama. Sea que aquella hubiese vuelto á caer por sí misma despues de la fuga ó que hubiese sido cerrada por una mano humana, estaba retenida por el resorte, y la policía había atribuido esta resistencia al clavo, y por consiguiente toda pesquisa ulterior había sido considerada supérflua.

La cuestion quedaba reducida al modo de bajar; pero acerca de este punto ya había yo satisfecho mi espíritu durante nuestro paseo en torno del edificio. A unos cinco piés y medio de la ventana, corre la cadena de un pararrayos; pero desde esta cadena hubiera sido imposible á cualquiera llegar á la ventana, y con mas razon entrar por ella.

Observé sin embargo, que las puertas-ventanas del cuarto piso, eran del género particular que los carpinteros parisienses llaman *ferrades*, especies de postigos muy poco usados en el dia; pero que se encuentran frecuentemente en las casas antiguas de Lion y de Burdeos. Están hechos como una puerta ordinaria (puerta sencilla y no de dos hojas), excepto que la parte inferior está adornada con calados y enrejada, lo que ofrece á la mano un excelente asidero.

En el caso en cuestion estos postigos tienen tres piés y medio de ancho. Cuando los examinamos desde detrás de la casa estaban abiertos hasta la mitad; esto es, formaban un ángulo recto con la pared. Es presumible que la policía haya examinado como yo la parte posterior del edificio; pero mirando las tales *ferrades* en el sentido de su anchura [como las ha visto inevitablemente] no ha tenido en cuenta esa misma anchura, ó á lo menos no les ha dado la importancia necesaria. Por otra parte, una vez demostrado por los agentes que la fuga no se había podido efectuar por aquel lado, se han limitado á aplicarle un examen muy sucinto.

Para mí era evidente que el postigo de la ventana situada á la cabecera de la cama, si se le suponía enteramente abierto y caido tocando la pared, se hallaría á dos piés de la cadena del pararrayos. Tambien era evidente que por los esfuerzos de una energía y de un valor insólito, se podía con ayuda de la cadena haber verificado una invasion por la ventana. Llegado á esta distancia de dos piés y medio [supongo ahora completamente abierto el postigo] un ladron habría podido encontrar en el enrejado un asidero sólido: luego soltando la cadena, asegurando bien los piés en la pared y lanzándose vivamente, habría podido entrar en el cuarto y atraer violentamente el postigo con él, de manera que lo cerrara, suponiendo abierta la ventana en aquel momento.

Notad que he hablado de una energía poco comun, necesaria para salir con éxito en una empresa tan difícil, tan peligrosa.

Mi objeto es probaros en primer lugar qué se ha podido hacer; luego, y principalmente, llamar vuestra atencion hácia el carácter muy extraordinario, casi sobrenatural de la agilidad necesaria para conseguirlo.

Me direis sin duda, sirviendos del lenguaje judicial, que, para dar mi prueba *á fortiori*, debía mas bien subvaluar la energía necesaria en este caso que reclamar su exacta estimacion. Esta es quizás la práctica de los tribunales; pero no entra en el uso de la razon. Mi objeto final es la verdad. Mi objeto actual es induciros á acercar esa energía indudablemente insólita á aquella voz tan particular, á aquella voz aguda [ó áspera] cuya nacionalidad no ha podido ser probada por la unanimidad de dos testigos, y de la cual nadie ha oido sonido articulado, silabizacion.

A estas palabras, una concepcion vaga y embrionaria del pensamiento de Dupin pasó á mi espíritu. Parecíame hallarme en el límite de la comprension sin poder comprender, como las personas que se encuentran á veces al borde del recuerdo, y que, sin embargo, no consiguen acordarse. Mi amigo continuó su argumentacion.

— Ya veis, dijo, que he transportado la cuestión del modo de salida al modo de entrada. Convenía á mi plan demostraros que se han efectuado del mismo y por el mismo punto. Volvamos ahora al interior del cuarto.

Examinemos todas las particularidades. Los cajones de la cómoda, según cuentan, fueron saqueados, y no obstante, se han encontrado intactos varios artículos de tocador. Esta conclusión es absurda; es una simple conjetura regularmente tonta, y nada más. ¿Cómo podemos saber que los artículos encontrados en los cajones no representaban todo lo que estos contenían? La señora Espanaye y su hija llevaban una vida muy retirada, salían pocas veces, no recibían visitas; tenían pues, pocas ocasiones de cambiar de vestidos y de adornos. Algunos de los artículos encontrados eran de tan buena calidad como los demás que poseían aquellas señoras, y si un ladrón hubiese tomado algunos, ¿porqué no habría tomado los mejores, porqué no todos? Además, ¿porqué abandonar los cuatro mil francos en oro para apoderarse de un lio de ropa blanca? El oro ha sido abandonado; casi toda la suma indicada por el banquero Mignaud ha sido encontrada en el suelo, en los sacos. Queda pues desvanecida de vuestro pensamiento la descabellada idea de un interés, idea engendrada en el cerebro de la policía, por las declaraciones que hablan de dinero entregado junto á la puerta de la casa.

Coincidencias diez veces mas notables que esta, [la entrega del dinero y el asesinato cometido tres días después en la persona del propietario] se presentan á cada momento en nuestra vida, sin que llamen nuestra atención un minuto siquiera. En general, las coincidencias son grandes piedras de escándalo en el camino de esos pobres pensadores mal educados que ignoran la primera palabra de la teoría de las probabilidades, teoría á la cual debe el saber humano sus conquistas mas preciosas y sus mas bellos descubrimientos. Si en el presente caso hubiese desaparecido el oro, el hecho de haber sido entregado tres días antes crearía algo mas que una coincidencia, quedaría corroborada la idea de interés; pero en las circunstancias reales en que nos hallamos, si suponemos que el dinero ha sido el móvil del ataque, nos es preciso suponer muy indeciso y bastante idiota á ese criminal para olvidar á un tiempo el oro, y el móvil que le hizo obrar.

Recordad bien los puntos hácia que he llamado vuestra atención. La voz particular, la agilidad sin igual, y la notable ausencia de interés en un asesinato tan singularmente atroz como este. Examinemos la carnicería en el mismo.

Hé aquí una mujer estrangulada por la

fuerza de las manos é introducida en una chimenea con la cabeza caída. Asesinos ordinarios no emplean estos medios para matar, ni ocultan así los cadáveres de sus víctimas.

En el acto de meter el cuerpo en la chimenea, se ve algo de excesivo y extravagante, algo absolutamente inconciliable con todo lo que en general conocemos de las acciones humanas, aun suponiendo que los autores sean los mas pervertidos de los hombres. Pensad también qué fuerza prodigiosa ha sido precisa para entrar el cuerpo en semejante abertura y hundirlo en ella tan poderosamente, que los esfuerzos de varias personas reunidas apenas hayan bastado para sacarlo.

Hagámonos cargo ahora de otros indicios, de ese vigor maravilloso. En el hogar han sido encontrados algunos mechones de pelo, mechones muy espesos de pelo gris, arrancados con sus raíces. ¿Sabéis qué poderosas fuerzas se necesitan para arrancar solamente de la cabeza veinte ó treinta cabellos á la vez. ¿Habéis visto esos mechones tan bien como yo: las raíces agrupadas tenían adheridos fragmentos de piel cabelluda, prueba segura de la prodigiosa fuerza que fué preciso desplegar para desarraigar quinientos mil cabellos de un tirón.

(Concluirá.)

¿SE ACORDARÁ DE MÍ?

Sol, bello sol, origen de la vida
que luces refulgente en el zenit,
dime, la bella que dejé en mi patria
¿se acordará de mí?

Antorcha de la noche, blanca luna
que brillas en el cielo de zafir,
¿quieres decirme si mi bien amado
se acordará de mí?

Céfiro blando que con leves alas
vuelas entre las flores del pensil,
dime, la niña por quien triste gimo,
¿se acordará de mí?

Aves parleras de plumaje vario
teñido de oro, verde y de carmin,
decidme por piedad, aquella ingrata
¿se acordará de mí?

Océano, océano inmensurable
que he surcado llorando aquí al venir,
la hermosa que quedó en tu otra orilla,
¿se acordará de mí?

Sol, luna, blando céfiro, avecillas,
océano insondable, ¿qué decís?
¿no sabéis si la virgen de mis sueños
se acordará de mí?

Corazon, tú lo sabes... dime, dime...
pero no, que comprendo en tu latir
doloroso, que aquella por quien pene
no se acuerda de mí!

ANTONIO HERNANDEZ PEREZ

LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAJES POR PARIS.

SETIMO VIAJE.

Después de despertar—un paseo á Belle—ville el Eliseo—Desenlace.

(Continuación.)

Leonardo sentado en una silla al pié de la cama, pálido también y con los brazos cruzados, la contemplaba con los ojos fijos y enjutos durante el corto tiempo, que la joven cediendo á la fatiga, se había entregado á un letargo que interrumpía con sollozos.

Sin embargo, la tranquilidad parecía volver á sus facciones; una sonrisa asomaba á sus labios y hacía mover sus largas pestañas negras.

— Sueña con él, exclamó Leonardo; ¡oh! ¡si lo cogiera! Pero ella se ha negado...

En aquel momento Julieta abrió los ojos, dirigió la vista á su alrededor y en seguida la fijó un momento sobre su siniestro compañero. Entonces cubriéndose la cara con las manos cayó sobre su almohada, y sus sollozos y las lágrimas que se desprendían por entre sus dedos, indicaban que había recobrado la memoria.

Leonardo se volvió lentamente; pero nada en sus facciones ni en sus movimientos, manifestaba la menor emoción de lástima, y por su palidez y la espantosa fijeza de sus ojos, se le hubiese creído atacado súbitamente de una completa insensibilidad.

— ¡Quiéres decirme su nombre? preguntó á la joven.

Esta cerró los ojos y creyó haber contestado negativamente.

— Te obstinas en callarlo, Julieta, pero yo lo sabré.

— ¡A qué quereis saber su nombre si ya lo sabeis todo?

— ¡Mientes! replicó Leonardo volviéndose hácia ella; yo no lo sé todo; ¡pero quiero saberlo! Y levantando la mano que Julieta tenía fuera de la cama, enlazando sus dedos en los suyos con una especie de frenesí, y apoyando el codo en la cama, añadió con una alegría feroz:

— Sí... eso es... cuéntame tus amores; eso me divertirá.

Julieta, se estremeció, y dirigiéndole una mirada llena de ternura, le dijo:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Leonardo! ¡cuánto debeis sufrir!

— ¡Porqué?

— ¡Porque os habeis vuelto cruel!

— Y tú, á lo que parece, no eres cruel...

Haces uso de una bonita palabra. Y a ves que estoy alegre... Vamos, vamos cuéntame eso... vamos á reírnos.

— Pues bien, sí, Leonardo, voy á deciroslo todo, á fin de que no podais creer que he amado á ese joven, solo porque lo he encontrado en la calle, lo cual seria atroz.

Ya vereis que no he tenido yo la culpa.

— La he tenido yo ¿es verdad?

— Tal vez, dijo Julieta levantando la cabeza. La primera vez que me siguió, os lo dije; os acordareis... yo estaba turbada, y aquel día solo os burlásteis de mi susto y de su audacia. En consecuencia, ¿no estaba yo en el derecho de creer que su acción no tenía nada de malo y que no había razón para alarmarse?

Todos los días repitió lo mismo, y nada os dije por temor de que me creyeseis una niña pusilánime.

Sin embargo, cansada de su obstinación, os previne de nuevo, y esta vez no os burlásteis, sino os enfurecísteis. Estavez queriais ponerlos emboscada para atacarle, matarle tal vez.

— ¡Oh! qué bien hubiera hecho!

Debí callar, pues, porque denunciarlo nuevamente, era precipitaros á cometer una mala acción, atraer sobre vos una desgracia, ¡y os quería tanto!

— ¡Me queríais tanto!... seatreve... vamos, vamos, ya veo que también estás alegre; así me gusta; continúa.

Julieta perdió de repente la animación que la había sostenido en su narración; retiró bruscamente la mano que Leonardo tenía aún entre las suyas; y pareció como que buscaba en vano en su imaginación el medio de anudar el hilo de sus ideas roto por las feroces interrupciones del cochero.

— ¡Ah! sí... eso es... continuó—un día en la fábrica... Y deteniéndose de repente, exclamó: no, no debo acabar, no puedo.

— Un largo silencio siguióse entre los dos personajes de esta escena.

Lo que Julieta se negaba á decir era que el desconocido había encontrado medio de introducirse en la fábrica bajo el doble título de pintor y comprador; que él fué el que había mandado hacer aquel reloj de porcelana, cuya ejecución había dirigido también y por tanto tiempo. Tranquila al ver su aire respetuoso y reservado, lisongeado por él como mujer y como artista, debiéndole lo que tanto deseaba hacía tiempo, ensayarse en una obra de importancia, pronto sintió, cambiarse los sentimientos de reconocimiento que experimentaba por su nuevo bienhechor, en otros mas poderosos y mas tiernos, porque al fin él era joven y buen mozo.

Hacer esta confianza á Leonardo, ¿no hubiera sido ponerlo voluntariamente en estado de averiguar quién era el que tantos motivos tenía para aborrecer? Para combatir aquella hidra de amor que nacía en su pecho, Julieta había apelado de su corazón á su razón; había opues-

to el recuerdo de Leonardo al de su nuevo amante; pero la comparacion que forzosamente resultaba entre la edad, el lenguaje, los hábitos de ámbos, no cedía siempre en favor del primero. Hé aquí otra cosa que tampoco podía decir á Leonardo.

En consecuencia se callaba, y con la cabeza echada atras, el rostro medio cubierto con su brazo, lloraba de nuevo y á la vez por su amigo, por su amante y por sí misma, porque se creía muy culpable y era muy desgraciada.

Por su parte Leonardo sintió redoblar sus angustias ya tan violentas. Dando una falsa interpretacion á las últimas palabras de Julieta, había buscado y encontrado en ellas la completa confesion de su deshonor. ¡Ella no debe acabar! ¡no puede!

Sí, lo comprendo. Así añadió, esta vida que la he consagrado, ese amor que me era debido, todo lo que con transportes de admiracion he visto desarrollarse en ella, todo lo que yo había respetado, todo me ha sido sorprendido, robado! ¡todo ha sido presa de ese otro!

— Por última vez, dijo levantándose; ¿quieres decirme su nombre?

Julieta no contestó.

— Porque debes saber donde vive. ¿Sin duda habrás estado en su casa?

— ¡Oh! Leonardo, exclamó la jóven humillada.

— ¿Porqué vas al teatro sola con él?

— Era la primera vez.

— ¡No hay ninguna mujer perdida que no emplee esta excusa! dijo él con los dientes apretados y los puños cerrados. ¡Siempre es la primera vez!.... ¡Te digo que quiero conocerlo!

El mismo silencio y la misma inmovilidad de parte de Julieta.

— ¡Pero ya pienso en ello! continuó el cochero, él no puede tardar en dejarse ver aquí ó por la fábrica...., ya conozco sus facciones.

E hizo un movimiento hácia la puerta; deteniéndose bruscamente, añadió:

¡Qué tonto soy! Si lo encuentro y no lo mato como un perro, puede volver y me meterán en la cárcel; si me bato con él y me deja en el sitio entonces....

Leonardo no acabó la frase; pero miró á Julieta con la mirada fija y terrible y una voz inexorable se levantó dentro de su pecho, que le gritaba:

— ¡Ella es la que debe morir!

— Vamos, levántate, la dijo, vamos á salir, se ahoga uno aquí.

— ¿A dónde quereis ir? preguntó Julieta.

— ¡A pasear! me parece que ni tú ni yo estamos con humor de trabajar hoy. ¿Acaso no puedes ya acompañarme?

Julieta saltó de la cama, se peinó, compuso su vestido; y luego como efecto de una reflexion súbita, tomó la jaula que ocupaba una codorniz que había criado, y la abrió la ventana. Colocó al pájaro delante de ella, y por un movimiento que Leonardo no observó, dejó la jaula sin cerrar.

La mañana estaba triste y sombría; pero en aquel momento el sol brillaba entre las nubes que lo habían oscurecido. A la frescura del aire, á la vista de los rayos del sol que penetraban en el aposento, el pájaro se puso á cantar, sin pensar en escaparse. Al oír aquellos sonidos tan puros y armoniosos, al ver aquel sol que parecía vivificar al mundo, Julieta lanzó un suspiro ahogado, y una lágrima humedeció sus párpados secos é inflamados.

— Ya estoy dispuesta, dijo entonces volviéndose hácia Leonardo, que durante todas estas disposiciones había dado algunas señales de impaciencia.

Después, cuando él recorrió los cerrojos de las puertas, porque durante toda la noche había estado encerrado con ella, exclamó:

¡Oh! ¡perdonadme!... un momento... un solo momento... olvidaba mis oraciones... mis oraciones de por la mañana.

— Días, contestó Leonardo, sí, ruega á Dios... por tí y por mí.

El que hubiera podido penetrar sin ser visto en aquella guardilla, iluminada por una claridad tan dulce y tan pura, al contemplar aquella linda jóven, graciosamente arrodillada delante de su cama, al oír el murmullo de la oracion que se unía al canto del pájaro, al leer en la mirada llena de ternura que Leonardo la dirigía á escondidas, hubiera podido creer que asistía á una escena sencilla y que tenía á su vista el cuadro de la felicidad. ¿No contenía acaso aquella humilde habitacion los solos bienes reales de este mundo, los solos que no pueden compararse, los solos que vienen de Dios, y que vuelven á él; la armonía, un rayo de luz, la belleza, la fé, la juventud, el amor? Pues bien, si hubiese profundizado el corazon de aquellas dos personas al parecer tan felices, hubiera visto luchar ensangrentado dentro de ellos, un pensamiento de muerte.

Salieron de la guardilla, y Leonardo ofreció el brazo á Julieta.

Al volver á la calle de la Sourdierre, se dirigió Leonardo á un coche que estaba en al plaza del mercado de Saint-Honoré.

— ¡Vaya! eres tú! dijo al reconocerle el cochero que había sido ántes compañero suyo; ¿ya no estás en casa del inglés?

¡Ojalá lo hubiese seguido al fin del mundo! pensó Leonardo.

Y el cochero percibiendo entonces del brazo de su antiguo camarada á la linda jóven, le guiñó, hizo un gesto de inteligencia, y acer-

cándose al cochero, le dijo al oído:

¡Caramba! es de lo mejor! una pollita.

Leonardo rechazó duramente al cochero.

— Comprendido, contestó el otro recobrando su equilibrio.

¡Silencio! ¿A dónde vamos?

— A la Barrera de Belle-ville.

— ¡Bien! conforme! el día está bueno, y hacéis bien en aprovecharlo. Ya no hay lilas ni flores, pero aún quedan las hojas.

Despachemos, dijo Leonardo con tono amenazador.

— ¡Ah! ¡ah! dijo el cochero entre dientes; siempre tan amable el antiguo *guapo mozo*. Y cerrando la portezuela sobre la pareja que veía iba á divertirse, añadió: “Sed felices hijos míos.”

— Vamos á Belle-ville? preguntó Julieta.

¿Porqué no? contestó Leonardo.

Después ámbos permanecieron silenciosos hasta llegar á la Barrera.

Allí encontraron á otro conocido, Jolivet, su antiguo amigo Jolivet.

— ¡Vamos! le dijo éste, creía que estabas malo por el golpe de ayer! Veo que estás bueno... tanto mejor. Y después de saludar á Julieta con un aire muy respetuoso y grave, añadió en su dialecto de cochero: ¿Es ella? Te felicito. ¿Cuándo es el casamiento?

— Pronto, contestó Leonardo.

— Entónces, pronto nos veremos, señorita; porque yo me cuento como convidado á la boda. Leonardo me ha dicho algo acerca de ella. No os pongais colorada por eso. Tendreis un buen marido, que os ame tiernamente; estad segura.

— Adios, interrumpió bruscamente Leonardo, y quiso apresurar el paso; pero Julieta apenas podía sostenerse, á causa de la impresión que le habian hecho las palabras de Jolivet.

Este volvió á encontrarlos; y sacando la cabeza fuera del cabriolé, les dijo:

— No os aventureis á ir muy lejos; el tiempo se ha descompuesto. ¿Quereis que os lleve á París?

Julieta miró á Leonardo, que continuó andando sin contestar. La predicción de Jolivet no tardó en realizarse. El Sol poco ántes vencedor de las nubes, había á su vez sucumbido; el día se oscurecía, el aire era sofocante.

Apenas habian llegado nuestros taciturnos viajeros á la extremidad de la calle principal de Belle-ville, cuando las grandes gotas de agua que empezaron á caer anunciaron la tempestad. Volvieron hácia la derecha y tomaron por el parque de Saint-Fargeau, el cual casi desnudo de árboles y de habitaciones podía escasamente ofrecerles abrigo.

— ¡Tendremos que andar mucho todavía! preguntó Julieta.

— Nó, contestó su compañero.

— Es que estoy muy cansada.

El cochero acortó el paso, pero sin interrumpirla.

Al pasar por el cementerio, situado en el parque, Leonardo sintió una conmoción parecida á la que produce la electricidad, y Julieta hizo la señal de la cruz.

En fin, en la extremidad de aquel terreno arenoso, antigua propiedad de los condes de Saint-Fargeau, llegaron á unos bosques que hay á la derecha, ántes que los de Piomanville, que se unen por el otro lado de las llanuras del Choronne.

Esta parte, aislada, rodeada de vallados y de fosos, ha sido siempre poco frecuentada por los habitantes de París. En aquel momento la lluvia que caía á torrentes la hacía mas desierta que nunca. Á este terreno se le daba el nombre del Eliseo.

Se ha dicho que había en la vida de Leonardo un día en que la energía natural de su carácter unida á la violencia de su pasión, haría de él un hombre feroz. Sin compasión por el cansancio de Julieta, por su edad que llevaba consigo la excusa de su falta, á pesar de la lluvia que, como hemos dicho, caía á torrentes, la obligó á saltar con él los fosos y á penetrar en aquel Eliseo á través de los portillos de los vallados.

Después la hizo volver á tomar su brazo y siempre en silencio, continuaron ámbos su camino por senderos húmedos y resbaladizos, oyendo por encima de sus cabezas el ruido de los árboles, que lejos de resguardarlos de la lluvia, vertían sobre ellos el agua que habian recogido.

De vez en cuando Leonardo miraba al redor diciendo:

— No lo veo, ¿lo habrán cortado? ¿el viento lo habrá tal vez arrancado? ¿Al cabo de ocho años bien puede uno hallarse desorientado!

Después lanzando una exclamación, se dirigió hácia un árbol separado de los demás, plantado sobre un montecillo y en cuya corteza se leía un nombre profundamente grabado.

Detúvose y dijo: aquí es.

Julieta pareció respirar y se sentó al pié del árbol, exhausta de cansancio, entumecida, casi inerte. Sus vestidos chorreaban agua, sus cabellos pegados á las sienes, le daban un aspecto enfermizo y macilento que hacía resaltar aún mas sus grandes ojos negros, animados con una brillantez febril.

(Continuará.)

Establecimiento Tipográfico de Gonzales.